



La tierra de Córdoba

Jorge Isaacs

*Estarán entre la muchedumbre de las naciones
como el rocío enviado del Señor, y como la lluvia sobre la hierba.*

Micheas, cap. V, ver. 7

I

¿De qué raza descienes, pueblo altivo,

titán laborador,

rey de las selvas vírgenes y de los montes níveos

que tornas en vergeles imperios del condor?

¿De qué nación heroica tu grandeza
5

en la sublime lid

que arrebató a verdugos la colombiana tierra?

¡Legión fueron tus Gracos, fue Córdoba tu Cid!

Estirpe tú del héroe de Ayacucho,

digna estirpe de él,
10

has hecho de tus montes su templo y su sepulcro,

al numen de tus glorias y a tus banderas fiel.

Su sangre, que vertieron asesinos...

Soberano te ungió,

y óleo de libres llevan los hijos de tus hijos.
15

Morir puedes luchando; vivir esclavo, ¡no!

II

Al golpe de tus cíclopes retiemblan

montañas do la red

está de las profundas y codiciadas venas

que hacen argento y oro, ya en luz, resplandecer.
20

Las tumbas del quimbaya y del catío

sus riquezas te dan;

tesoros de los dioses y de monarcas indios,

que descubrir no pudo el vándalo rapaz.

A tu querer y voz su curso sesgan
25

el Porce y el Nechí,

y en sus playados lechos recogen y te ofrendan

oro que paga Europa como el bello de Ophir.

Y tus colonos van de cumbre en cumbre

al Septentrión y al Sur,
30

segando vastas selvas bajo dosel de nubes:

vigor es su derecho, y su arma la segur.

Desde Anaime y Nabarco hasta las fuentes

hoscas del Guarinó,

los Andes son el huerto feraz de tu simiente,
35

vestíbulo de Arcadias que tu poder creó.

En él ostentan diamantinos dombos

el Tolima y el Ruiz,

gigantes ya vencidos que moles de sus hornos

lanzaron hasta el Cielo, sublimes al morir.

40

Como vierten raudales sus neveras,

que fecundando van

los valles que tú alfombras y pampas que el sol quema,

tu savia rica y noble al patrio suelo das.

III

En lo selvoso de azuladas cimas

45

el chocillo se ve,

donde al teñir la noche lejano fuego brilla...

Así nació Salento y Manizales fue.

Carbonizada la derriba humea

donde incendio voraz
50

tendió luctuoso manto en vez de las florestas

y retostó los bosques del alto valladar.

Volando en las negruras de la noche,

la mota deja oír

sus tristes alaridos, y en los tumbados robles
55

serpientes alza el viento de llama y de rubí.

En torno de su hoguera chispeadora

descansan a placer

los Hércules, oyendo burlones las historias

que cuenta de mohanes un viejo montañés;
60

o en el marino estruendo de las selvas

que el austro remeció,

el ronco grito escuchan del oso de las sierras,

en los ignotos valles y cumbres rey feroz.

Difúndense las sombras y el silencio...
65

y sólo el retumbar

repiten de tormentas lejísimas los ecos,

en antros y espesuras donde a dormirse van.

IV

Pronto las mieses ondulantes bordan

las vegas, el amor
70

de la cabaña linda que niños alborozan

a orillas del torrente de plácido rumor.

Entonces la oropéndola salvaje

y el tordo negriazul

anidan con sus tribus en palmas y boscajes
75

y anuncian las auroras de sonrosada luz.

Al viento da su prole zumbadora

la colmena montés,

y en el hogar piando su nuevo nido forma

la golondrina errante, del hombre amiga fiel.
80

Ubres turgentes la vacada brinda

rumiando en el gramal,

y cantos de doncellas y sus alegres risas

se oyen en las frondas lozanas del maizal.

Hay en sus voces trinos de turpiales,
85

dulces mimos de amor,

arrullos de palomas, caricias maternas...

susurros de sauceras do el viento revoló.

¡Bellas y pudibundas como fueron

las hijas de Jessé!
90

En árabe tocado rebosan los cabellos,

refulgen en sus ojos las noches de Kedén.

Efluvio exhalan de la selva virgen,

y en el talle gentil,

pudor encantos vela de Ruth casta y humilde;
95

¡Son un bendito germen vedado al vicio vil!

V

¿De qué raza descienes, pueblo altivo,

titán laborador,

que le abres amoroso tu hogar al peregrino

y tienes para humildes virtudes galardón?
100

Ellas dicha y encanto a los hogares

de tus labriegos dan;

alejan de las mieses furor de tempestades,

el nimbo son de vírgenes, de los ancianos paz;

y lujo en la mansión del poderoso
105

que premiado se ve,

aumentan sus rebaños, agrandan su tesoro,

abierto a desvalidos que sufren hambre y sed.

Como la vid del Maipo que sarmientos

extiende a su redor,
110

y cuelga de los álamos y verdes limoneros

racimos que le dora y le perfuma el sol,

así tus gentes en futuros días

ciudades poblarán

al pie del Shinundúa y del nuboso Huila,
115

sobre los montes de oro de Atrato y Urabá.

VI

La Iberia en sus conquistas no creaba

pueblos de tu poder:

vivieron en espanto, de hinojos... turba esclava,

los que diezmó, ya indómitos, Fernando, el tigre-rey.
120

Del hierro, de la mita y los tributos

eran sobra rüín:

si en libertad olvidan sus glorias e infortunios,

merecen en laceria y en la opresión morir.

¿España qué les dio del Nazareno?
125

¿La ley de paz y amor?...

Dejó de cien naciones los insepultos huesos,

pavesas de Atahualpa, del Zipa y Guatimoc.

No bastaba la cólera divina

a herir y exterminar
130

Pizarros y Quesadas, Añascos y Valdivias,

que renacieron Sámanos, Morillos y Tolrás.

¡Y viven!.. En centurias engendrados

de tinieblas y horror...

La ciega prole fueron de monstruos semihumanos,
135

Caínes a quien piélagos de sangre no sació.

Has repudiado la ominosa herencia

del ibero crüel:

ni tu labor es suya, ni suya la belleza

que gala es de tus hijas y orgullo de Israel.
140

No hay en ti lepra de la estirpe goda

que al vencer a Boabdil,

lanzó de sus dominios la raza poderosa

que a España hizo el emporio del mundo y su pensil.

Hoy purga la insensata su delito
145

de implacable crueldad,

y tú, fecundo enjambre del pueblo perseguido...

A Girardot tuviste y a Córdoba inmortal.

VII

De las vegas umbrosas del Tonusco,

a las ricas de Otún,
150

se tornan en ciudades tus pintorescos burgos,

y en níveas torres símbolo de amor es ya la cruz.

En las altas colinas y ribazos

los cortijos se ven,

cual las juvenecas albas que dejan el rebaño
155

y van en las herbosas laderas a pacer.

Respiro de sus huertos la fragancia,

y figúrome oír

las fuentes retozonas que los collados bajan,

¡Canciones que de labios tan dulces aprendí!...
160

En esos campos la divina Ceres

a sus pechos crió

tus bardos y guerreros, tus Numas y Cleomenes,

extraños a molicies del ocio corruptor.

Eran así los siervos y señores
165

hermanos al nacer,

y en Palacé afilaron las garras de leones:

los igualó su gloria primero que la ley.

¡Antákieh! ¡Antákieh, redentora Edissa!

De sierva, como Agar,
170

se hizo libre y madre de prole bendecida:

el cedro fue bellota, y el árbol selva es ya.

En cada piedra de sus fuertes muros,

que el tiempo enmoheció,

resuena todavía la voz de sus tribunos,
175

el himno de victoria del pueblo triunfador.

Sobre el Cauca estruendoso el alma otea...

Limpio el cielo turquí,

los montes, en lo hondo, tapiz las agrias selvas,

Cariguañá desiertos inunda en el confín...

180

¡El nido allí de flores y de huríes!

A luchar y vencer

sus hijos aprendieron en las gloriosas lides,

y guardan hoy de Córdoba la tumba y el laurel.

A los dones de ufano despotismo

185

la muerte prefirió,

la tumba de los libres, de los jamás vencidos...

Él vive en nuestras almas, ¡eterno vencedor!

Cuando a la Patria la traición deshonra,

y noche y tempestad
190

el sacro monte anublan... se ha visto airada sombra,

Y espectros de sus huestes en las tinieblas hay.

VIII

En el lujoso valle do serpean

corrientes de zafir,

al sol que la enamora detiene y embelesa,
195

cristiana Sunamita, la hermosa Medellín.

Jazmines y floridos naranjales

sus perfumes le dan,

y arroyos de los montes descienden a brindarle

en baños de odalisca sus ondas de cristal.
200

¡Cómo la miro en estrelladas noches

en mis sueños aún!

Formándole cojines se agrupan los alcores,

la cubren las montañas con su azulino tul.

Hila risueña en céspede galano
205

al despuntar el sol:

riqueza son y orgullo coronas de sus manos;

de Aholfbah las infamias y vicios execró.

Hoy juzga... como Débora en la sombra

del añoso palmar;
210

y ella que a los númenes dictó la patria Historia,

en el Thabor sentencia con fuego escribirá.

Noviembre de 1892

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo